

NOTA SOBRE LA LENGUA DE LOS ROMANTICOS (UNA SATIRA DE ACUÑA DE FIGUEROA)

FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA

Las páginas finales de la famosa *Antología de poetas hispanoamericanos* de Menéndez y Pelayo nos sorprenden con el excesivo número de composiciones —en su mayor parte, epigramáticas— de Francisco Acuña de Figueroa.

Imaginamos que la pobreza que caracteriza a la poesía uruguaya del pasado siglo obligó al crítico español a disponer tan amplio espacio para quien, ciertamente, no lo merece mucho. Por otra parte, las simpatías hacia España que tanto en su obra como en su vida mostró Acuña de Figueroa contribuyen a darle ese lugar. Esto sea dicho con la aclaración de que Menéndez y Pelayo —no lo descubriremos ahora— se eleva casi siempre por sobre simpatías políticas y filiaciones religiosas.

Acuña de Figueroa, neoclásico consecuente, patriota tibio, presencia en su Montevideo (o desde el Brasil) el triunfo del romanticismo, sobre todo a través de emigrados argentinos que llevaron hasta la otra orilla del Plata aspiraciones de renovación, políticas y literarias.

Sin embargo, Acuña de Figueroa permanece encasillado en un clasicismo que resuena en él con voces muertas, y que sólo se anima en andanadas de chistes y juegos de palabras en forma de versos. Su cultura clásica era evidente. Mejor aún: rara en su tiempo dentro de estas regiones, pero no estaba al servicio de un poeta sino de un más o menos ingenioso coplero¹. Desgraciadamente para la poesía, los poetas románticos del

¹ Entre muchas composiciones suyas —graves y burlescas— figura una *Oda a la escarlatina* (!). Pero no se trata de una obra cómica —como pudiera creerse— sino de un canto plañidero, muy siglo XVIII y con reminiscencias bíblicas. También en verso escribió sobre las *Reglas del mus...* Menéndez y Pelayo llegó a decir que «hacía versos sobre todas las cosas», y algo de razón tenía.

Uruguay —antes del ya adelantado Zorrilla de San Martín— no ostentan superiores títulos. Por el contrario, están en línea semejante o poco diferente a este maduro versificador, que, en ocasiones, se acercó —a través de algunos temas y acentos— al bando juvenil.

La «Letrilla»

Entre la nutrida colección de letrillas y chistes de Acuña no podía faltar la sátira a la lengua de los románticos. No lo hace en forma directa ni recurre a un extenso poema; simplemente, le bastan unas pocas estrofas y un título vago: *Un hombre de importancia*¹. Forma indirecta, porque no apunta claramente al romántico. Ese «hombre de importancia» es un pedante que utiliza una lengua «de época», salpicada de neologismos de tipo social y, sobre todo, de galicismos. De ahí que su sátira valga —en lo que vale, por supuesto— como burla de la educación, cultura y, particularmente, lengua del romanticismo.

No sabemos si Acuña de Figueroa se inspiró en algún personaje real, observado en salones montevideanos, o si acuñó en sus versos (y no hago juego de palabras) pasajes de obra u obras de su tiempo. Lo más probable es que haya enhebrado materiales de diferentes ovillos, acomodándolos al rigor de la estrofa. En fin, esto tiene poca importancia dentro de una composición que si se distingue por algo no es precisamente como poema. Es su valor de testimonio lo que la trae hasta nosotros.

El conocimiento de la lengua de los románticos americanos, que podemos rastrear en el ejemplo vivo de los libros, nos hace ver que la sátira de Acuña de Figueroa no es exagerada ni mucho menos. La falta de aprendizaje a fondo, el descuido, la urgencia del escrito explican más de un desliz. Por otra parte —como ocurre a menudo con estos «puristas» de sobremesa— no todo lo que señala Acuña de Figueroa como vituperable lo es en realidad. Tales, las frases que considera desusadas, aunque vemos que responden a frases estereotipadas, lugares comunes en poemas prosaicos y folletines («misteriosa ansiedad», «satánica sonrisa»). Eso, en la medida en que puedan considerarse aisladamente y dentro de particularidades típicas del vocabulario emocional que distingue a la época. Lo

¹ Según uno de sus biógrafos, *Un hombre sin importancia*, el juguete cómico *A la negrita Remedios* y otra letrilla titulada *A Juan Capote* pueden «figurar sin desdoro en las más cuidadas selecciones antológicas» de la sátira (ver NELSON GARCÍA SERRATO, *Francisco Acuña de Figueroa. Primer poeta nacional*, Montevideo, 1943, pág. 106). Cito el juicio, nada más.

mismo hay que decir de ciertas metáforas («órgano de la opinión» para designar a un periodista) ¹. Claro que es el lugar común lo que explica el ataque de Acuña.

Abundan entonces —no hace falta dar razones— libros políticos sociales. Fácil es notar la fuente doctrinal de muchos de esos libros y el origen de muchos vocablos que daban fisonomía semejante a tales obras. Vocablos como «socialista», «progreso», «proletario», «masas», «luces» se extendían con facilidad como una consecuencia natural de ideas y aspiraciones del momento ². La undécima edición del Diccionario de la Academia (1869), edición que tengo a mi alcance ³, los acoge (salvo «masas») ⁴. Baralt, bien que registrando algunas de esas voces en su *Diccionario de galicismos*, no las considera repudiables ⁵.

Más fácil y extendida prédica encontramos en la burla de los galicismos, que responden más al desconocimiento de la propia lengua, que a la necesidad. Galicismos que se multiplican en la lengua española del siglo XIX, y tanto en España como en América. La lengua literaria presenta, con abrumadora carga, extraordinaria variedad: léxico y sintaxis descubren a menudo la importancia que en estas regiones tomaban lecturas francesas. España y sus buenos libros, sobre todo aquellos que por ser de la época podían satisfacer ansias de cultura, estaban bien lejos

¹ En boca de Luz del Día habla ALBERDI —no sin ironía— del «órgano de la prensa, que es la luz de los pueblos, la espada de la verdad...» (*Peregrinación de Luz del Día*, en *Obras completas*, VII, Buenos Aires, 1887, pág. 205).

² De «progreso», «luces» y «socialista», ni qué hablar. (Echeverría difundió bastante el último nombre a través del *Dogma*).

SARMIENTO habla en el *Facundo* de «las clases artesana y proletaria de la ciudad», y de las «masas cívicas» (ver ed. de La Plata —hoy Ciudad Eva Perón—, 1938, pág. 174; ver, también, pág. 35). Y ECHEVERRÍA, al ocuparse de «La Revolución de febrero» [de 1848], en Francia, no puede omitir la mención de «proletario» y hasta de «proletarismo», cuyo sentido necesita explicar a pie de página:

«Proletario: el que no tiene propiedad alguna y vive del salario que le dan por su trabajo.»

«Proletarismo: denominación que comprende todas las clases trabajadoras y asalariadas.» (Ver ECHEVERRÍA, *Revolución de febrero en Francia*, en *Obras completas*, IV, Buenos Aires, 1873, págs. 450-452).

³ No he podido consultar ediciones anteriores, de las publicadas en el siglo. El Diccionario de 1869 registra «proletario», aunque no referido a «clase». «Luces» se había impuesto en el siglo XVIII. BARALT no la registra en su *Diccionario*.

⁴ «Masas» es galicismo reciente en la época, según BARALT (ver *Diccionario de galicismos*, ed. de Madrid, 1890).

⁵ Dice, a propósito de «progreso»: «Hoy es vulgarísima entre nosotros la acepción absoluta de *movimiento progresivo de la civilización y de las instituciones políticas y sociales*» (R. M. BARALT, *Diccionario*).

de contentar a los americanos y recuperar el terreno perdido desde las luchas emancipadoras. Faltaba, además, el dique que podían formar las obras clásicas de España. Por último, faltaba también la superación de obstinados prejuicios y sobraba la más cómoda posición de despreciar lo que no conocían bien.

Acuña menciona, no sólo galicismos, sino frases de moda, esas frases que abundan en las cartas como un sello de distinción («comm'il fó»), Cita construcciones galaicas como «no hay que una vida», «emitir su moción» y, en fin, pocos felices intentos como «apanaje»¹, «emancipatriz», «notabilidad» y los infaltables «buró» y «toaleta» (Acuña transcribe así).

Llama algo la atención, porque no es lo común, la presencia del posible anglicismo «flibustero». Y no tanto porque lo corriente en la América Hispánica y en la época sea el absorbente predominio de galicismos, como por el hecho de registrar Acuña «flibustero» (vale decir, más apegado a su probable origen «flibustier») y no «filibustero», bien firme en América desde los peligros ciertos de siglos pasados. Pero no nos adelantemos demasiado: a mediados del siglo XIX conviven «flibustier» en inglés y «flibustier» en francés. En tal caso, creo que no hay que dudar mucho para acertar con el punto de partida del «flibustero» que trae Acuña (reforzado por el cercano «apanaje») ².

Por último, debemos atribuir más a pedantería —no mucha, salvo el caso de «prótasis», más a la pedantería del hombre, repito, que a «ro-

¹ El vocablo francés *apanage* es sin duda muestra de esos vocablos que alcanzan —por diversos motivos— momentánea repercusión universal. Literalmente significa «dar el pan», o, simplemente, «nutrir». (Ver BLOCH y WARTBURG, *Dictionnaire étymologique de la langue française*, París, 1950; A. DAUZAT, *Dictionnaire étymologique de la langue française*, París, 1938.) En una prosa mechada intencionadamente de galicismos (aunque muchos se le pegaban fácilmente), escribía SARMIENTO y marcaba aquí el galicismo:

«La lista civil, después de las dotaciones, *apanages*, para cada hijo, para cada nietecito, se ha hecho acordar la corta de los bosques...» (*Viajes*, I, ed. de Buenos Aires, 1922, pág. 188). Claro que tampoco cuesta encontrar allí el «comme il faut».

«Apanage» o «apanaje», de uso bastante frecuente en América durante el siglo XIX, apenas si se utiliza hoy. H. BUSTOS DOMECQ (es decir, BORGES y BIOY CASARES) ponen en boca de Gervasio Montenegro, infatuado botarate, una serie de galicismos; entre ellos, éste. (Ver *Seis problemas para Don Isidro Parodi*, Buenos Aires, 1942, pág. 42.)

² Parece que el vocablo «flibustier» —de origen holandés— llegó a Francia a través del inglés (aquí con diversas formas). (Ver BLOCH y WARTBURG, *Dictionnaire étymologique*.)

SARMIENTO utiliza la forma *filibustero*, vale decir, la más corriente en América. En el *Facundo* habla de los «filibusteros de tierra», y, más adelante, de «aquellos filibusteros de la Pampa» (ver ed. citada, págs. 35 y 97).

manticismo» la mención de vocablos retóricos como protagonista, prótasis y peripecia ¹.

Sátiras y lengua.

Dentro de su relativo valor testimonial —y únicamente con este valor— la *Letrilla* de Francisco Acuña de Figueroa nos sirve de pequeño documento para tentar el estudio de la lengua romántica en Hispanoamérica. No desdeñable en su verdadero lugar, puesto que la base —fundamental, por cierto— la ofrecen las obras románticas del continente y las polémicas sobre la lengua (no muchas, pero sí imprescindibles; sobre todo, las de Chile y el Río de la Plata). Después, puede recurrirse a noticias particulares como ésta que comentamos, y que, en sus dimensiones, ratifica y compendia.

A Francisco Acuña de Figueroa se le tacha de versificador de circunstancias, coplero y otras lindezas. La verdad, que con justicia. Pero no se le tacha de hombre inculto. Por el contrario, es ejemplo poco común, en estas latitudes y en su tiempo, de hombre empapado de letras clásicas. Conocimiento que más de una vez se trasunta directamente en sus versos.

La *Letrilla* se respalda así en la cultura de Acuña de Figueroa; su sátira apunta al pedante, pero es el suyo un «pedante romántico». Esa es su intención manifiesta. Por supuesto, nuestra actitud no puede ser la de Acuña de Figueroa. Como todo censor rígido —y más en son de burla— Acuña exagera su ataque. Buena prueba de ello encontramos en los vocablos de índole social, por ejemplo, neologismos perfectamente válidos.

La sátira de Acuña de Figueroa nos recuerda —sin olvidar proporciones— las burlas de Quevedo al estilo culto. Separando lo que hay de más personal e inmediato, los remedios cultistas de Quevedo han servido —en manos de un crítico como Dámaso Alonso— para ahondar en el estudio del cultismo. Cercana a nosotros y sin exagerar su importancia, la *Letrilla* de Acuña de Figueroa es útil en regiones que, como ésta, presenta aún inexplicables lagunas. Lagunas que, si provienen de las dificultades de la empresa, deben —por el contrario— servir de acicate a los que incursionan por las letras y lenguas americanas.

EMILIO CARILLA.

¹ También el uso de «statu quo», aunque comprendemos su difusión en la época. SARMIENTO puede servirnos de ejemplo otra vez:

«... Guizot responde: este período de diez y seis años ha sido un verdadero *statu quo*...» (*Viajes*, I, pág. 185.)

Apéndice

Francisco Acuña de Figueroa.

EL HOMBRE DE IMPORTANCIA

Letrilla satírica

No historia, ni poesía,
Ni ciencia estudies, Fabio;
Quien más charla ése es más sabio,
Lo demás es bobería:
En pomposa algarabía
Hable con gran petulancia;
Y ya es hombre de importancia.

Organo de la opinión
Llame a cualquier periodista
Con mucho de socialista,
Luces, progreso y fusión;
Carta, y no constitución,
Dirá al estilo de Francia;
Y ya es hombre de importancia.

No se deje en el tintero
A la clase proletaria,
Con lo de acción trinitaria,
Receta y mes financiero;
Apanaje y flibustero,
Den a su asunto sustancia;
Y ya es hombre de importancia.

Retrógrado ha de decir,
State quo, y feudalismo;
Que el siglo marcha al cinismo,
Y que es nuestro el porvenir;
Sueño de oro ha de embutir,
Y talismán y elegancia;
Y ya es hombre de importancia.

Fracasar, cotización
Casación y aprendizaje,
Masacre, ojivo y carruaje,
Adornen su locución;
y en larga *lucubración*
Dé a luz una extravagancia;
Y ya es hombre de importancia.

Con aire de quien desprecia,
Al drama más bello embista:
Hable del *protagonista,*
Prótasis y peripecia,
Extasiando a Roma y Grecia
Con *sarcasmo* y con jactancia;
Y ya es hombre de importancia.

Elimine con baldón
A Cervantes y Mariana,
Descargando su macana
Desde Lope hasta Bretón;
¡Anatema!, ¡Maldición!,
Lance en esa turba rancia;
Y ya es hombre de importancia.

No hay que una vida, dirá
Con galicismo expresivo,
y el *mundo definitivo*
Su diorama aplaudirá;
Y de un *parque* elogiará
La *escultural* elegancia;
Y ya es hombre de importancia.

Mutua solidaridad,
E impulso *emancipatriz*
Son voces que harán feliz
A una *notabilidad;*
Y en *misteriosa ansiedad*
Haga votos por la infancia;
Y ya es hombre de importancia.

Con *satánica* sonrisa
Jure a su virgen amor
Con un *volcánico* ardor
Que *cruce* cual blanda brisa,
Y de *hinojos* ante Elisa
Acredite su constancia;
Y ya es hombre de importancia.

La toaleta y el buró,
Lo de *prosaica figura*,
Y el llamar *pastor* a un cura,
Son de un hombre *comm'il jó*:
Dará *quitanzas*, mas no
Recibos, que es cosa rancia;
Y ya es hombre de importancia.

Instaure un *comicio* y dé
Garantías *a las masas*,
Con facultades escasas
Al que *en la poltrona* esté;
Y haga *profesión de fe*
Con moderna *altisonancia*;
Y ya es hombre de importancia.

Hable en tono campanudo
Al *emitir su moción*,
Como *hombre de corazón*,
Y no *estacionario rudo*;
Y, en fin, sabio y *concienzudo*
Charle con gran *arrogancia*;
Y ya es hombre de importancia ¹.

¹ En MENÉNDEZ Y PELAYO, *Antología de poetas hispanoamericanos*, IV, Madrid, 1928, págs. 390-393.